

Como nave entre las olas,
Esperando de un momento
Á otro verse sumergida
Por la mar embravecida
De mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habeis cruzado
Una vez el Portugal
Y cerca de Setubal
En mitad de un despoblado
Un monasterio habeis visto,
Cuya sagrada vivienda
Fué teatro de una horrenda
Profanacion?

Rod. ¡ Jesucristo!

Gab. ¿ No es verdad que cuando clavo
Mis ojos en vuestro rostro
Os hieló el alma y os postro
Á mis piés como un esclavo?
De rodillas, Santillana:
Vuestra vida está en la mia:
Vivireis mas que yo un dia;
Si yo muero hoy, vos mañana.

Rod. ¿ Dios me valga!

(Don Rodrigo se arrodilla.)

Gab. ¡ Calla! ¿ y vos
Lo tomáis como os lo digo?

Si esto es farsa, Don Rodrigo:
Serenaos, ¡ vive Dios!

Rod. ¿ Con que es decir...?

Gab. Que divierto
Mi fastidio, Santillana.

Rod. No hareis lo mismo mañana.
(Furioso.)

Gab. Ahorcándome hoy, no por cierto
(Con calma.)

ESCENA III.

DICHOS, EL ALGUACIL.

Alg. Su merced el capitan
Santillana.

Gab. Que nos cae

Del cielo.

Rod. Y que el fallo trae

Del rey.

Gab. Fin de nuestro afan.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR.

Rod. ¿ Traes tú los despachos?

Cés.

SI.

¿ Masqué teneis, padre?

Rod.

Nada.

¿ Traes la sentencia aprobada?

Cés. SI.

Rod. ¿ Dónde es á?

Cés., dándole un papel. Vedla aquí.

(Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que
le dá Don César y dice llamando:)

Rod. ¡ Ola!

(Entran algunos alguaciles y el escribano.)

Cumplase la ley.

Avisad al confesor

Y al verdugo ejecutor

De las justicias del rey.

Escribano, evacuada vos

La postrera diligencia:

Intimadle la sentencia,

Y que se encomiende á Dios.

Cés. Señor...

Rod. ¡ Silencio! Leed.

Esc. Vista y fallada... (Empezando á leer)

Rod. Adelante: (Interrumpiéndote.)

La aprobacion es bastante:

Fórmulas á un lado, haced.

Esc., leyendo. « Y en atencion á que en

» los cofres de dicho Gabriel Espinosa han

» sido halladas muchas prendas y joyas de

» valor, pertenecientes á la persona de

» nuestro difunto sobrino Don Sebastian rey

» de Portugal, sin que haya podido probar

» Espinosa la legitimidad de su adquisicion

» y posesion: y en atencion á que el mar-

» qués de Tavira y fray Miguel de los Santos

» y otros señores castellanos y portugueses

» han declarado, unos en juicio y otros en

» tormento, que le tienen y han tenido des-

» de que le vieron por el rey Don Sebas-

» tian: y habiéndose probado que muchos

» nobles portugueses le han visitado en

» Madrigal para reconocerle, y que en su

» nombre se han escrito cartas, contraido

» empréstitos y armado gentes para conci-

» tar á la rebelion á los pueblos en favor

» suyo; y teniendo en cuenta que dicho

» Gabriel Espinosa no ha negado nunca

» ser él el mismo rey Don Sebastian, á qtes

» ha contribuido á hacer creer á los incau-

» tos que lo es efectivamente, no declarar-

» do jamás quién sea en realidad, dándose

» ya por una persona ya por otra, y apa-

» rentando el gesto, las acciones y las se-

» ñales exteriores que, á su parecer, pue-

» den convenir mejor con los recuerdos y

» las pinturas que de Don Sebastian se

» conservan entre los que en vida le cono-

» cieron; y considerando en fin, que el

» cuerpo de dicho rey fué por nos rescata-

» do del poder de Muley Mahamet y traído

» de Africa al monasterio de Belen, donde

» yace sepultado: aprobamos y confirma-
» mos la sentencia contra él dada, y le
» declaramos impostor infame, traidor á su
» rey, y usurpador del nombre del rey Don
» Sebastian. Por cuyas razones le conde-
» namos á ser arrastrado, y ahorcado y
» descuartizado, y puesta su cabeza en
» una lanza á una de las salidas del pue-
» blo de Madrigal, en donde vivió, para
» desengaño de incautos y escarmiento
» de traidores. — Yo EL REY. »

Gab. ¿ Traidor yo, impostor, infame?

(Con ira.)

¿ Muerte á mí con tal afrenta? —

Que Dios me la tome en cuenta

(Serenándose.)

Cuando á su juicio me llame. —

¿ Teneisme mas que leer? (Al escribano.)

Esc. Nada mas.

Gab. Pues despachemos

Y tiempo no malgastemos.

Sea lo que haya de ser.

Cés. (¡ Indomable corazon!)

Rod. (¡ Incomprensible fiereza!

Ni aun inclinó la cabeza

Para oír la intimacion.)

Gab. Alcalde, estais demudado,

Trémulo... ¡ por vida mia!

Cualquiera imaginaria

Que érais vos el sentenciado.

Rod. Pronto lo viera. Teneis (Airado.)

De vida tres cuartos de hora.

Gab. Son las cinco y cuarto ahora.

Rod. Encerradle.

Gab. Hasta las seis. (Á Don Rodrigo.)

Rod. Despejad.

(Llevan á Gabriel á su encierro y vanse el

escribano y los alguaciles por el fondo.)

ESCENA V.

DON RODRIGO, DON CÉSAR.

Cés. Padre, ¿ qué es esto?

Rod. Que es fuerza queese hombre muera.

Cés. Dadle un dia.

Rod. Ni siquiera

Una hora.

Cés. Que dispuesto

Muera al ménos cual cristiano.

Rod. Muera, y sea como fuere.

Cés. ¡ Sin confesion!

Rod. No la quiere;

Es un hereje, un pagano.

Cés. Padre, estais ciego de ira.

Rod. Ira es lo que aparento,

Ira, César: pero miento,

Es terror lo que me inspira
Ese hombre de Satanás.

Y yo ¡ imbécil! que le daba

Tormento porque no hablaba;

No, no: que no hable jamás.

Que le lleven al cadalso

Con una mordaza puesta:

Que no hable con nadie: en esta

Hora cuanto diga es falso.

Cés. Padre, sospecho, ¡ ay de mí!

Que se os desvanece el juicio.

Rod. Es obra de un maleficio.

Cés. ¿ Os maleficiaron?

Rod. SI.

Cés. ¡ Supersticion!

Rod. Ya lo ves:

Gabriel me malefició,

Y él ha de morir ó yo.

Ya firmó el rey; muera pues.

Cés. ¡ Padre!

Rod. ¡ César!... ¡ hijo mio!

Cés. ¡ Estais delirando!

Rod. ¿ Alguno

Me escuchó acaso?

Cés. Ninguno.

Rod. (De mí propio desconfío.)

Cés. Padre, algun mal os acosa;

Temblais... estais demudado.

Rod. Algun vértigo: he velado

Tantas noches de Espinosa

Con el proceso maldito,

Me ha dado tanto que hacer,

Que en mí no estoy hasta ver

Que de en medio me le quito.

Mas no fué nada: pasó

Ya, César. Veamos pues

Los despachos de la corte.

Cés. Tomad: aquí los teneis.

Rod. Esta es la consulta mia,

Esta la aprobacion del

Consejo: esta la carta

De su majestad el rey,

¿ Y este otro pliego sellado

De quién es?

Cés. Yo nó lo sé:

Me fué entregado en palacio

Con todos ellos.

Rod. ¿ Por quién?

Cés. Por el rey mismo.

Rod. Á ver: ábrele.

Cés. Una réal órden.

Rod. Pues lee.

Cés., leyendo. « En nombre del rey. —

» Por la presente, pondreis en libertad en

» la hora en que la recibiereis, y sobre-

» seyendo en su causa, si hubiereis procedi-

» do á formarla contra ella, á Doña Aurora

» Espinosa, detenida y á vuestras órdenes
» en la cárcel de Madrigal: dejando dispo-
» ner libremente de sí misma á dicha Do-
» ña Aurora, como fuere su voluntad. —
» Madrid, etc. — Á Don Rodrigo de Santi-
» lana. »

Rod. ¿ En libertad? No comprendo
Tal órden del rey.

Cés. Y está
Bien terminante.

Rod. Y será
Cumplida. Sigue leyendo.

Cés. Otro pliego para mí.

Rod. Rompe la nema y aparta
La cubierta. ¿ Qué hay?

Cés. Aquí

Viene un papel y otra carta.

Rod. Lee.

Cés. Dice el papel así:

(Lee.) « En nombre del rey. — Otorga-
» mos licencia para dejar el servicio de su
» majestad temporal ó absolutamente co-
» mo mas le conviniere, al capitan del pri-
» mer tercio de Flandes, Don César de San-
» tilana. »

Rod. ¿ Y para qué?

Cés. ¿ Qué sé yo?

Rod. ¿ Tú no la has pedido?

Cés. No.

Rod. Sigue. (¿ Qué es esto? ¡ ay de mí!)

Cés. (Lee.) « Y ordenamos al dicho capi-
» tan Don César, por ser así del agrado de
» su majestad, conducir con todo honor, y
» escoltar con toda seguridad, durante su
» viaje por tierras de sus dominios y mares
» guardados por su real marina, á Doña
» Aurora de Espinosa: hasta ponerla sana
» y salva en estados de Venecia, por cuyo
» embajador ha sido reclamada, como hija
» adoptiva de la República Serenísima. »

Rod. ¡ Ira de Dios! Todo ahora
Lo comprendo.

Cés. ¿ Qué es, señor,
Lo que comprendéis?

Rod. Tu amor
¡ Desventurado! á esa Aurora.

Cés. Es cierto: un amor profundo;
Mas no os traiga con cuidado;
Que es el mas desesperado
Que hubo jamás en el mundo.

Rod. ¿ Lo ves? ¡ Ah! tambien á tí
Te han maleficiado: pero
Responde, César: yo quiero
Saberlo ya todo; dí.

Tú con ella en connivencia,
Huir con seguridad

Queriendo, su libertad

Conseguiste y tu licencia.

Cés. No, á fé mia.

Rod. Sí, arrastrado

Por sus sortilegios has

Trabajado en contra mia

Con temeridad impía

Y en favor suyo.

Cés. Jamás.

Que tuve siempre confieso

Simpatía misteriosa

É interés por Espinosa,

Pero no obré en su proceso.

Amé á Aurora, la amo aun:

Mas mi pasión desechada

Es imposible y no hay nada

Entre los dos de comun.

Mientras viva la amaré:

Pero este amor solitario

De mi pecho en el santuario

Solo yo conservaré.

Rod. ¡ Otro misterio!

Cés. Tremendo

Sin duda, padre: mas puede

Conmigo, y mi brio cede

Á su poder.

Rod. No lo entiendo.

Cés. Ni yo sé decir mas de él,

Sino que Aurora, señor,

No nació para mi amor.

Rod. ¿ Quién te ha dicho eso?

Cés. Gabriel.

Rod. ¡ Infeliz! es su manceba.

Cés. Quien tal os dijo ha mentado,

Señor.

Rod. Ella misma ha sido.

Cés. ¿ Ella?

Rod. En la primera prueba

Del tormento.

Cés. ¡ Cielo santo!

¿ La habeis puesto en el tormento?

Rod. Es débil y habló al momento.

Cés. ¡ Me paraliza de espanto!

¿ Qué abismo es este de males

Que por dó quier nos circunda?

¡ Qué trama esta tan fecunda

De misterios!

Rod. Los fatales

Hilos de esa negra trama

Tan solo puede romper

La muerte y hoy ha de ser.

Que mueran él y su dama.

Cés. ¡ Imposible! mintió.

Rod. ¿ Quién.

Cés. Ella: no puede tampoco

Ser de Gabriel.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON CÉSAR, DOÑA
AURORA.

Aur. ¡ Libre!... jamás esperé
Que nos olvidara Dios:
Ni de haber fiado en vos (A don César.)
Jamás me arrepentiré,
Pues duda no queda en mí
De á quien debo, capitan,
La libertad que me dan,
Cuando os vuelvo á ver aquí.

Rod. Despeja. — Escuchad, Aurora.

Aur. ¿ Por qué le mandais salir?

Rod. Porque nadie debe oír
Nuestras palabras ahora.

Aur. ¡ Dios mio! ¿ Qué extraño afán
Os agita? ¿ Es por ventura
Mi libertad impostura?
¡ Ah! No os vayais, capitan;
Quiere volverme tal vez
Al tormento.

Rod. Oid os digo:

Sois libre, y yo vuestro amigo.

Aur. ¿ Cabe entre el reo y el juez

Amistad? ¿ Entre el verdugo

Y la víctima? Jamás

Os conoceré por más

Que por juez.

Rod. ¡ Á Dios no plugo

Que fuese de otra manera!

Mas acaso desde ahora

Variéis de opinion, Aurora.

(Vuelve á Don César, que permanece en
pié junto á la puerta.)

¿ Qué esperais vos? idos fuera.

(Vase Don César.)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA.

Rod. Nada receleis de mí,

Podre niña: en libertad

Estais: vuestra voluntad

No tendrá ya coto aquí.

Serenaos pues; oidme,

Aurora, y por cuanto ameis

Ruégos que me contesteis

La verdad.

Aur. Pues bien, decidme

Vos en conciencia primero:

¿ Mi libertad se medió

Con la de Gabriel? Si no

Es así yo no la quiero.

Rod. Solo depende de vos

La libertad : si un secreto
 Me aclarais vos, os prometo
 La libertad de los dos.
Aur. ¿ Es mio solo el secreto
 Que me pedís ?
Rod. Sí, en verdad.
Aur. ¿ Y vale la libertad
 De Gabriel ?
Rod. Me comprometo
 A dársela.
Aur. Preguntad.
Rod. ¿ Qué tiempo hará que de Gabriel
 [al lado
 Vivís ?
Aur. Desde muy niña.
Rod. ¿ Y qué memoria
 De vuestra infancia conservais ?
Aur. Apénas
 Una vaga memoria me ha quedado
 De aquellas horas al pesar ajenas.
Rod. No espero yo que recordeis la his-
 [toria
 De vuestra infancia, cuya edad se olvida
 Pronto y muy fácilmente con las penas
 Ó los placeres de la inquieta vida ;
 Mas del lugar en donde habeis nacido,
 Donde pasásteis los primeros años
 Tendreis alguna idea.
Aur. Muy confusa :
 Tal, que puedo decir que la he perdido
 Mezclándola despues con mil estraños
 Recuerdos posteriores.
Rod. ¿ De manera
 Que imposible os será, pues lo rehusa
 Vuestra memoria ya, la mas ligera
 Noticia dar de vuestra edad primera ?
Aur. Tan imposible no : ¿ quién en su
 [mente
 Á un recuerdo infantil no dá guarida ?
 ¿ Quién no vuelve los ojos tiernamente
 Hácia las puertas de oro de la vida ?
 ¿ Quién no recuerda en ocasion alguna
 El pobre hogar ó la lujosa estancia
 Cuya techumbre guareció en su infancia
 El dulce sueño que gozó en la cuna ?
Rod. ¿ Vos recordais ese lugar ?
Aur. Sin duda :
 Mas no por la virtud de mi memoria
 Sola : tan fiel en esa edad no cabe
 Tenerla : sé de mi infantil historia
 Lo que fui recordando con ayuda
 De la voz de Gabriel, que es quien la sabe.
Rod. ¿ Gabriel la sabe ?
Aur. Sí.
Rod. ¿ Y os la ha contado ?
Aur. Incompleta.
Rod. (Tambien la habrá engañado.)
 Mas yo quiero saber solo la idea

Que háyais vos en la mente conservado.
Aur. Tengo aunque muy confuso algun
 recuerdo.
Rod. ¿ Dé qué ?
Aur. De mil objetos.
Rod. Aunque sea
 En confusion decídmelos.
Aur. Me acuerdo
 De una ribera donde yo cogia
 Yerbezuelas y conchas : del rugiente
 Mar, que sus ondas sin cesar mecia :
 De un monasterio triste y solitario
 Fundado al pié de un monte : y vagamente
 Me acuerdo de la iglesia, con su coro
 Emberjado, sus techos con pinturas,
 Su altar lleno de flores, su sagrario
 Iluminado con mecheros de oro ;
 Y me acuerdo tambien, porque me daban
 Miedo, de las inmóviles figuras
 De mármol que tendidas reposaban
 Encima de sus anchas sepulturas.
Rod. ¿ Qué monasterio era ese ?
Aur. Era un convento
 De monjas.
Rod. ¿ Qué país ?
Aur. No lo he sabido
 Nunca.
Rod. ¿ Jamás Gabriel os ha contado
 Lo que haciais allí ? ¿ quién conducido
 Os habia á aquel claustro ?
Aur. No ha querido
 Decírmelo jamás : sé que aposento
 Tenia allí mi madre y que he pasado
 Los tres primeros años de mi vida
 Allí.
Rod. ¿ Con ella ?
Aur. Sí.
Rod. ¿ De vuestra madre
 Os ha habaldo Gabriel ?
Aur. Mil y mil veces.
Rod. ¿ La recuerda á menudo ?
Aur. No la olvida
 Jamás : y sé que en sus nocturnas preces
 Le reza como á mártir.
Rod. ¿ Sabeis de ella
 La historia, el nombre, la familia ?
Aur. Nada.
 Sé que fué un dia festejada y bella
 Y luego escarnecida y ultrajada.
 Sé que el relato de su triste historia
 Es una horrible é infernal leyenda
 Que conserva Gabriel en su memoria
 De expiacion y de venganza prenda.
Rod. ¿ Y qué es lo que sabeis de ese relato
 Vos ?
Aur. Yo, nada tal vez y acaso todo ;
 Porque sus hechos sé, mas nunca supe
 Ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

Rod. Pero en fin, ¿ qué sabeis de vues-
 tra madre ?
Aur. Sé que era noble dama : que vivia
 En la corte de un rey á quien la unia
 Una amistad profunda y verdadera :
 Que era para aquel rey casi una hermana,
 Pues juntos cuando niños se criaron
 Y fraternal amor constantemente
 Uno á otro los dos se conservaron.
 Sé que era cuanto rica generosa,
 Y que el encanto de las gentes era
 Por su virtud y ciencia prodigiosa :
 Que el vulgo la queria,
 La corte la admiraba
 Y con ella secretos no tenia
 El rey que como hermana la trataba.
Rod. ¿ Mas ese rey... ?
Aur. Murió.
Rod. ¿ómo ?
Aur. En la guerra :
 Y concluyó con él su dinastía,
 Y otro rey vino á gobernar su tierra,
 Y á otras manos pasó su monarquía.
Rod. ¿ Y vuestra madre entonces... ?
Aur. Fué mirada
 Como enemiga del monarca nuevo,
 Y al fin de algunos meses acusaba
 De traicion : por diabólica su ciencia
 Tomaron y la dieron por culpaba,
 Diciendo que hizo creer que el rey vivia
 No sé á quien, á favor de un sortilegio
 Mostrando á sus conjuros evocada
 La aparicion de su fantasma régio.
Rod. ¿ Y despues ?
Aur. ¡ Oh ! despues... eso es lo hor-
 rible
 De la historia, señor. Se apoderaron
 De ella, de su palacio, de su hacienda,
 Los vendieron, sus armas infamaron,
 Y ocupó un extranjero su vivienda,
 Y su nombre y su raza se olvidaron.
Rod. ¿ Y ella ?
Aur. Como las hojas del otoño
 Despareció de encima de la tierra,
 Y en ella más los hombres no pensaron
 Solo pensando en libertad y guerra.
Rod. ¿ Pero vos... ?
Aur. No lo sé... sé que mi madre
 Pobre, triste, ofendida y no vengada,
 En aquel solitario monasterio
 Teja su existencia desdichada,
 Y yo existia ya, bajo el misterio
 De aquellas santas bóvedas velada.
Rod. ¿ Y luego ?
Aur. No sé mas.
Rod. ¿ Gabriel no os dijo
 Nada de vuestro padre ?
Aur. Le tenia
 Siempre por padre á él, y él me queria

Mas que el padre mejor quiere á su hijo.
Rod. ¿ Pero cómo supisteis... ?
Aur. En su sueño
 Sorprendí su secreto : y como me era
 Necesario su amor de una manera
 Ú otra, el amor filial hallé pequeño,
 Y del amor de la muger y el niño
 Formé para Gabriel solo un cariño.
Rod. Pero al saber que vuestro padre
 no era,
 ¿ No preguntásteis vos ?
Aur. Quién era el mio,
Rod. ¿ Y qué dijo Gabriel ?
Aur. Que él lo sabia :
 Mas que de él á acordarme no volviera,
 Porque mi amor filial no merecia.
Rod. Siempre merece un padre...
Aur. No lo ha sido
 Jamás el mio para mí.
Rod. ¿ Aurora !
Aur. ¿ Creéis que una razon me fué
 [bastante
 Para echar su memoria en el olvido ?
 Insistí, porfié, lloré, y ahora
 Sé que nunca mi amor ha merecido.
 Sé que me echó á la vida despojada
 De su nombre, y sin pan y sin abrigo.
 Sé que dejó á mi madre deshonrada
 En medio de la tierra abandonada
 Para llorar y perecer conmigo.
Rod. ¿ Y creéis á Gabriel ?
Aur. ¿ Qué si le creo ?
 Es la verdad del cielo descendida :
 Su palabra es mi fé, y en esta vida
 Por su fé juzgo, por sus ojos veo.
Rod. ¿ Nunca os dijo Gabriel nada en
 [abono
 De vuestro padre ?
Aur. Nada : y si lo hubiera,
 Yo sé bien que Gabriel me lo dijera.
Rod. ¿ Es decir... ?
Aur. Que es mi padre y le perdono,
 Como amor exigir de mí no quiera,
 Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
 De Dios le aguarda ante el escelso trono :
 Yo á quien solo dió el sér, nada le pido :
 Pero como él nos olvidó le olvido,
 Como él me abandonó yo le abandono.
Rod. ¿ Vive pues ?
Aur. No lo sé.
Rod. ¿ Mas si viviera ?
Aur. Como él no me buscó, no le buscara.
Rod. ¿ Y si una vez en la vital carrera
 Con él os encontrárais ?
Aur. Le mirara
 Sin ira, mas la espalda le volviera.
Rod. ¿ Y si al veros partir él os llamara ?
Aur. De su paterna voz no hiciera caso.

Rod. ¿Y sillorando el mísero os siguiera?
 Aur. Apresurara sin volverme el paso.
 Rod. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera
 De los vestidos él?
 Aur. Los rasgaria
 Dejándole en la mano los pedazos.
 Rod. ¿Y si os tendiera sus paternos
 [brazos?
 Aur. Su abrazo paternal rechazaria.
 Rod. ¿Por qué?
 Aur. Porque mi padre todavía
 No ha ido á orar sobre la tumba oscura
 De mi madre, y Gabriel me dijo un día
 Que al querer abrazarnos se abriría
 Entre mi padre y yo su sepultura.
 Rod. ¡Fatal superstición!
 ur. Tal es la mía.
 od. Tal es la ira de Dios. Es un mis-

[terio
 Impenetrable. Satanás me ciega
 Sin duda y nunca á comprenderlo llega
 Mi corazón ansioso.

Aur. He respondido
 Á cuanto preguntarme habeis querido,
 Señor: á vos os toca.
 Rod. ¡Sí, á fé mia!
 Vais á ver á Gabriel. (Oh! si: yo quiero
 Apurar este cáliz de agonía.)
 (Abre la puerta que da al encierro de Ga-
 briel, mientras Aurora dice.)
 Aur. Libres al fin... para Gabriel ahora
 Libre será mi corazón entero.

ESCENA VIII.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO,
GABRIEL.

Rod. Espinosa. (A Gabriel.)
 Gab. Héme aquí.
 Aur. ¡Gabriel! (Viendo á Gabriel.)
 Gab. ¡Aurora! (Abrazándola.)
 ¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?
 Aur. La libertad, Gabriel: libres estamos,
 Y cual juntos aquí nos han traído
 Juntos espero que de aquí partamos.
 Gab. ¡Santillana!
 (Pidiendo explicacion de estas palabras
 de Doña Aurora.)
 Rod. Leed.
 (Dándole la orden de su libertad.)
 Aur. ¿Ves?
 Gab. (Lo comprendo
 Todo. La agitacion de Don Rodrigo,
 De mi Aurora infeliz la fé tranquila...
 ¡Hé aquí el instante para mí tremendo!
 La hora del martirio y del castigo.

Señor, Señor... mi espíritu vacila:
 Sostenedme hasta el fin... ¡sed vos con-
 migo!
 Aur. ¿Qué te agita, Gabriel?... tu faz
 sombría,

Tu palidez...
 Gab. Un poco conmovido
 Estoy; y es natural, Aurora mia.
 Y tambien vos estais descolorido,
 Santillana...
 Rod. Espinosa, concluyamos.
 Yo os llamé...
 Gab. No os canseis: el por qué entiendo.
 ¿Á solas con Aurora habeis hablado?
 Rod. La historia de su madre me ha
 contado.
 Gab. Solo para que á vos os la contara
 Se la he contado yo.

Rod. Toda pretendo
 Saberla pues.
 Gab. ¡Curiosidad avara!
 Rod. Pero que vos satisfareis.
 Gab. Sin duda:
 Mas puédeos ser satisfaccion muy cara;
 Porque os advierto, juez, que he observado
 Que mis satisfacciones y respuestas,
 Por mas que yo riendo os las he dado
 Han sido siempre para vos funestas.
 Rod. Hablad... hablad.
 Gab. ¡Si os empeñais en eso.
 Mas despues de tres meses de proceso
 No sé cómo no estais escarmentado
 De interrogarme ya.

Rod. ¡Siempre lo mismol
 Acabemos, Gabriel.
 Gab. Sí, concluyamos:
 Hora es de penetrar en este abismo.
 Rod. Descender quiero á él.
 Gab. Y yo os prometo
 Que lo hareis: el momento es oportuno.
 Rod. Decid, pues.
 Gab. Esperad, que este secreto
 Os pertenece á tres, y falta uno.
 Llamad al capitán, que con vos debe
 Penetrarlo tambien.
 (Llama Rodrigo y sale un alguacil.)
 Rod. ¡Ola! Don César.
 Aur. ¿Qué tienes, Gabriel mio? En tu
 semblante,
 En tus palabras y ademanes noto
 Siniestra agitacion.
 Gab. Aurora mia,
 Tu corazón amante
 Por mí no tenga la inquietud mas leve;
 Á mis pesares Dios hoy pondrá coto
 Y ámbos tendremos libertad en breve.
 ¿Tú no te olvidarás desde este día
 De tu Gabriel?

Aur. Jamás. ¿Eso preguntas?
 Juntas caminarán nuestras dos vidas,
 Nuestras almas á Dios subirán juntas.
 Gab. Sí; ni la muerte las podrá un ins-
 [tante
 Mantener una de otra divididas.
 Aur. ¡Dios! ¿Á qué mientas la muerte
 [ahora?
 Rod. Ya está aquí el capitán.
 Gab. Silencio, Aurora.

ESCENA IX.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO,
GABRIEL, DON CÉSAR.

Gab. ¡Ola! Sed, capitán, muy bien ve-
 [nido.
 Voy muy pronto á emprender un largo
 [viaje
 Y un encargo dejaros he querido.
 Cés. ¡Un viaje!
 Gab. Sí; estoy libre: me parece
 Que el portador de la orden habeis sido.
 Cés. (Ay de mí! la infeliz aun nada sabe.)
 Gab. Decidme, capitán: ¿me habeis traído
 Un pliego de Madrid?
 Cés. Tomadlo.
 Gab. Bueno:
 Guardadlo por ahora. En esa carta
 De un gran misterio encontrareis la llave.—
 Vos sois algo curioso y no me fio
 (Á Don Rodrigo.)
 De vos: sois padre y juez; os la confío,
 Capitán, solo á vos. Cuando yo parta,
 Dádsela á vuestro padre y que la lea.
 ¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea
 Ni un solo minuto ántes.
 Cés. Os lo juro.
 Gab. Vuestra palabra sola es buen se-
 [guro.
 Además, por si acaso no volvemos
 Á vernos, pues yo parto con Aurora
 Del mundo terrenal á otros estremos,
 Quiero un regalo haceros en memoria
 De nuestro buen encuentro en esta vida,
 Que os será complemento de mi historia,
 Y prenda de amistad y despedida.
 (Saca del pecho un relicario que lleva al
 cuello con una cadena.)
 Rod. (Esa calma satánica me aterra.)
 Aur. (Tiemblo no sé por qué.)
 Cés. (No es sér humano
 Quien así se despide de la tierra.)
 Gab. Tomad. Es, capitán, un amuleto
 Sagrado: don del papa: un relicario
 Que un *lignum crucis* venerando encierra
 Y guarda como el pliego otro secreto.

Con el respeto mismo que á un sagrario
 Contemplado, y lo mismo que la carta
 Se le dareis al juez... cuando yo parta.
 Abrido solo vos: es mi conciencia
 (Á Don Rodrigo.)
 Y Dios solo con vos sondarla debe;
 En ella echad una ojeada breve
 Y reconocereis la omnipotencia.
 (Mas si un soplo hay en vos de fé cristiana
 Esperad á que muera, Santillana.)
 ¡Ea! ya que se acerca mi partida
 Escuchad, señor juez, el cuento extraño
 Que queráis saber, y por mi vida
 Que oíreis una historia divertida.
 Rod. (Yo tiemblo.)
 Gab. Oidme pues. La escena pasa
 No importa el día, la estacion, ni el año,
 De noche, en Setubal, y en una casa.
 Rod. (¡Cielos!)
 Gab. Temblando estais si no me engaño,
 Santillana.
 Rod. Seguid.
 Gab. En hora buena.
 En una alcoba cómoda, alumbrada
 Por una lamparilla perfumada
 Con asiático aroma, bien ajena
 El alma de inquietud y bien guardado
 Por leales domésticos, el dueño
 De aquella rica estancia descuidado
 Yacia en brazos de agradable sueño.
 Era un hombre harío noble y poderoso,
 Para que no tuviera por asilo
 Muy seguro su casa, y al reposo
 Se entregaba en su cámara tranquilo
 Una noche creyó sobresaltado
 Á pesar de lo doble de la alfombra,
 Pasos del lecho percibir al lado:
 Abrió los ojos y miró espantado
 Trazarse en la pared movible sombra:
 Volvió la faz y con la faz de seda
 Se tropezó de un hombre enmascarado.
 Frio quedó, ¡como el cadáver queda!
 «Levantaos,» le dijo con acento
 Imperioso el incógnito: y vistióse
 La bata que él le daba. «Á ese aposento
 Salid.» Obedeció y enfrente hallóse
 De dos hombres plantados á la puerta,
 Una dama como ellos encubierta
 Y un sacerdote pálido, y tenaces
 Sintió pesar sobre su frente yerta
 Las miradas ardientes y voraces
 Lanzadas á su frente descubierta,
 Á través de los negros antifaces.
 Entonces de estos hombres el primero
 De la sombría dama el velo alzando
 «¿La conocéis?» le dijo; y él temblando
 «Sí,» respondió. «Pues bien, sed caballero,»
 Repuso el disfrazado; y avanzando

El grave sacerdote se dispuso
 Á unirle con la dama en matrimonio,
 Mientras el de la máscara se puso
 Á escribir en silencio el testimonio.
 El despertado resistirse quiso :
 Pero su daga el disfrazado al pecho
 Le presentó y ceder le fué preciso ;
 Firmó, y el matrimonio quedó hecho.
 Partió la dama y los demas con ella :
 Mas quedóse el primer enmascarado
 Y dijo gravemente al despertado :
 « Teneis una muger ilustre y bella,
 » Gracias á mí y á vuestra buena estrella,
 » Que os hizo viudo para ser casado ;
 » Le quitásteis la honra y habeis dado
 » Nombre á sus hijos: mas seguid su huella
 » Y moris, ¡ os lo juro! asesinado. »
 Dijo así el de la máscara y partióse
 Con los demas: y de la casa dueño
 En medio de la cámara quedóse
 Dudando si era realidad ó sueño.

Rod. Tremenda realidad.

Gab. Sí, Don Rodrigo,
(Apartándole á un lado.)

La dama Doña Inés, vos el casado.

Rod. ¿ Y vos, señor . . ?

Gab. El hombre enmascarado.

Rod. Tal vez Dios permitió...

Gab. Lo habeis soñado.

Rod. ¿ Y si el sueño es verdad ?

Gab. Silencio digo.

Que ellos no os oigan: que la faz no os vean;
 Sueño ó verdad que sepultados sean
 Con vos el sueño, la verdad conmigo.

Rod. Pero mi alma concibe en este punto
 Que ese arcano fatal guardar podría
 Una verdad.

Gab. Os dije que era asunto
 Concluido. Escuchadme: Si yo fuera
 El rey Don Sebastian, morir debia
 Por la quietud del reino y mi alma entera
 Ser mártir á ser rey preferiria.

Si soy un impostor y perjudico
 Con mi existencia la quietud de Es, aña,
 Debo morir tambien: debo una hazaña
 De mi impostura hacer y sacrificio
 Mi vida á sostener esta patraña
 Que mi historia desde hoy hará famosa.
 ¿ Me comprendeis ?

Rod. Señor, yo no me atrevo
 Dudando...

Gab. Ahogad la duda: morir debo
 Si no por Sebastian, por Espinosa:
 Y deben sepultarse, Don Rodrigo,
 Con vos el sueño, la verdad conmigo.
 No lo olvidéis.

(Vuelven al centro de la escena.)

Aur. ¿ No sigues tu leyenda,

Gabriel? No está acabada.

Gab. No por cierto:
 Para leer su conclusion horrenda
 De vuestros ojos quitará una venda
 El juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X.

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON CÉSAR,
 DON RODRIGO, EL DOCTOR N***, ALGUA-
 CILES. Á LA PARTE ESTERIOR DE LA PUERTA
 SOLDADOS. DESPUES EL VERDUGO.

Alg. Las seis.

Gab. Partamos pues.

Aur. ¡ Virgen María!

Gabriel, ¿ qué es esto?

Gab. Mi destino, Aurora.

Aur. ¡ Tu destino!... ¡ mi mente se es-
 travía!

Alg. El verdugo del rey. *(Anunciando.)*
*(Se presenta el verdugo con el dogal en
 la mano.)*

Aur. ¡ Dios mio! ahora

Lo comprendo! ay de mí...
*(Se desmaya en los brazos de Don César,
 que la coloca en el sillón.)*

Cés. ¡ Misera!

Gab. El día

Concluye: vamos pues: me faltaria

Valor para dejarla si volviera

En sí. Pronto, marchemos.

Doct. Vos conmigo.

Á Gabriel poniéndose á su lado.)

Gab. Es inútil.

Doct. Mirad.

Gab. Todo es en vano.

Doct. ¿ Sin confesion ireis?

Gab. Há que os lo digo

Cuatro semanas ya.

Doct. ¿ No sois cristiano?

Gab. Porque le soy si á confesarme accedo

Os tendré que decir lo que no puedo.

Velad por ella, capitan: se encierra

En ella sola cuanto amé en la tierra.

Rod. Señor...

Gab. No os fatiguis: empresa es vana.

Llegó, rey ó impostor, mi último día

Y moriré cual debo, Santillana.

Si impostor, con impávida osadía,

Y si rey, con fiereza soberana.

(Vase y todos tras él.)

ESCENA ÚLTIMA.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA,
 DON CÉSAR.

Rod. Á concebir mi mente no se atrevo
 De la verdad el espantoso arcano.
 Por ser y por no ser perecer debe,
 Si: pero no mi desdichada mano
 Á ciegas al patíbulo le lleve. —
 César, dame esa joya.

Cés. Cuando muera.

Rod. Sepamos ántes la verdad entera,
 César.

Cés. Padre, escusad vana porfia:

Con su secreto perecer queria

Y he de cumplir su voluntad postrera.

Rod. ¡ César!

Cés. Se lo juré.

Aur. ¡ Ay! ¿ quién hablaba

(Volviendo en sí.)

Aquí? ¿ Sois vos, Don César? ¿ Qué terrible
 Pesadilla!

Cés. ¡ Infeliz!

Aur. Sí, yo soñaba

Sin duda... ¡ eran quimeras! Mas... ¡ qué
 horrible

Sospecha! ese silencio... esa tristeza.

¿ Qué sucede? ¡ ay de mí! los pensamientos

No acierto á combinar en mi cabeza.

¿ Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos

Hace. — ¿ Y Gabriel? decid; ¿ dónde está

[ahora?

¿ Dónde está? yo he soñado que venian

Por él. Mas, ¡ qué rumor!

*(Ruido de voces dentro: Doña Aurora se
 abalanza á la ventana, que abre, á
 pesar de Don César, que intenta impe-
 dirselo.)*

Cés. Tened, Aurora:

Tened, no os asomeis.

Aur. ¡ Ah! me querian

Engañar. *(Se asoma.)* Allí va. — Luces,

[soldados,

Gente... ¡ ay! yo veo, pero no concibo

Lo que veo... me envuelve el pensamiento

Una niebla, un vapor calenturiento,

Y no sé comprender lo que percibo.

Allí va. — ¿ Pero dónde se le llevan

Sn mí? Se paran... ¡ el afán me ahoga!

¿ Qué palos son aquellos que se elevan

Allí? ¿ quién es aquel que con él sube?

¿ Qué le ponen al cuello?... Es una soga.

¡ Dios mio! rasga la sangrienta nube,

Que me ofusca la mente... un sacerdote.

¡ Ah! le van á matar... ¡ Desventurados,

Deteneos...! ¡ Gabriel!... ¡ Y yo inserz

Que lo miraba estúpida! Malvados,
 Tened... las manos sin oirme le ata...

(Volviéndose de repente á Don Rodrigo.)

Pero vos ¡ miserable! que sois hombre

Venid... gritad... gritad, alma cobarde,

Conmigo... ¡ Deteneos! — Santillana,

Gritad: á mi no me oyen, ¡ en el nombre

De Dios! gritad... le quitan la escalera...

Gritad.

Rod. Sí, que se salve aunque yo muera.

(Se acerca á la ventana y grita.)

¡ En el nombre del rey!...

Aur. ¡ Ay! ¡ es ya tarde!

(Cayendo de rodillas junto á la ventana.)

Cés. Tomad: sepamos la verdad postrera.

(Dando el relicario á Don Rodrigo.)

*(Don Rodrigo toma y abre con ansia el
 pliego y el relicario que le da Don
 César. El relicario contiene un papel y
 un retrato envuelto: el pliego varios
 papeles. Lo primero que lee Don Rodrigo
 es el papel del relicario: despues regis-
 tra con ansia los papeles del pliego, y
 despues desenvuelve el retrato; todo con
 la mayor agitacion y ansiedad. Doña
 Aurora permanece unos momentos de
 rodillas y se acerca despues al grupo
 que forman Don Rodrigo y Don César.)*

Rod. « En el nombre de Dios. — Quien

quier que fueres *(Leyendo.)*

» Juez, sacerdote ó asesino, pena

» De escomunion, despues que lo leyeres

» Arroja al fuego este papel. El muerto

» Ha sido el rey Don Sebastian. »

Aur. ¡ Á buena

Hora lo ves, imbécil asesino!

Rod. Mi firma. — Una escritura... mi

contrato

(Registrando el pliego.)

De boda... y esta Doña Inés Aldino.

(Desenvuelve el retrato.)

Aur. ¡ Mientes! es de mi madre ese re-

[trato. *(Quitándose.)*

Rod. ¡ Hija mia! *(Tendiéndole los brazos.)*

Aur., rechazándole. ¿ Tu hija?... eso

[tan solo

Me faltaba. — ¡ Hija tuya! — ¡ Alucinará,

Quieres con ese nombre! mas el dolo

Miserable comprendo: no lo intentes.

Tú no has podido la existencia darme:

Mientes, viejo feroz: dime que mientes.

Tú para que su muerte te perdona

Me llamas hija tuya: mas te engañas:

Nada hay en mí que tu maldad abone,

Para tí solo hay odio en mis entrañas.

Rod. ¡ Hija mia! *(De rodillas.)*

Aur. ¡ Otra vez! — No me lo digas,

No me lo esplices : comprender no quiero
Que el sér infame que en tu seno abrigas
Me pudo dar el sér : muerta primero.

Rod. ¡ Calla, hija mía !

(Asiéndola dei vestido.)

Aur. Suelta, no me sigas.

Rod. ¡ Huyes de mí !

Aur. Por siempre.

Rod. ¿ Me abandonas ?

Aur. Como á mi madre tú.

Rod. ¿ Nada en mi abono

Te dice el corazon ? — Que me perdonas
Díme.

Aur. Mi madre contra tí ante el trono
De Dios venganza pide.

Rod. ¡ Horrendo encono !

Aur. Si eres mi padre tú ¿ por qué te es-
trañas

Del infernal rencor que arde en mis venas ?

La que tiene tu sangre en sus entrañas
Solo puede tener sangre de hienas.

Suélrame, pues, de tu sangrienta mano.

Mi padre era Gabriel y su asesino

Y el de mi padre tú.

Rod. Pero el destino

Te une hoy á mí.

Aur. Lo intentarás en vano :

(Desprendiéndose de él.)

Muerta mejor que á tu existencia unida.

Reniego, huyo de tí : mi sér olvida

Y el nombre de hija que tan mal empleas :

Y ¡ ojalá que infeliz como ellos seas !

Y ¡ ojalá en mi lugar, fiero homicida,

De mi madre y Gabriel junto á tí veas

La doble aparicion toda tu vida !

(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Au-
rorra se va por la puerta del fondo. Don
César la sigue tristemente. Cae el telon.)

EL POETA.

Cúpome en suerte, carísimo lector, escribir el artículo del Poeta, tipo y personaje harto fácil de confundir con muy diferentes personajes y tipos, que figuran en el teatro de nuestra sociedad actual, y de entre los cuales procuraré sacártele cuanto necesario sea para que aparezca á tus ojos representado su verdadero papel. — Agrádame tanto mas esta tarea, cuanto me proporciona mas favorable coyuntura para rendir un justo y sincero homenaje á los que con honra ganaron en nuestra España semejante renombre. — Famosa ocasion era esta para hacer alarde de moderna erudicion en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos ; y á ser esta mi voluntad remontárame á buscar el origen de los Poetas en los tiempos fabulosos, ó antediluvianos, ó subiendo aun á mayor altura iria, tal vez, á parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándoles por los primeros músicos y Poetas del orbe conocido y por conocer. — Mas pláceme seguir distinto rumbo y voy á entrar en materia con la franqueza de un castellano viejo, ya que en tal lugar de la tierra me tocó nacer. Así, pues, voy á delinear el tipo del Poeta tal cual existe hoy entre nosotros, sin mas introducciones ni preámbulos ; y sin meterme en lo que han sido, ni debian ser los Poetas, me ceñiré á lo que son, es decir, á lo que al presente debemos entender en este país por un Poeta.

Sin embargo, como no habrá quien se atreva á negarme que todos los hombres somos hijos de nuestra madre, tampoco habrá quien me niegue que nuestra generacion de Poeta es hija de la generacion de Poetas del inmediato siglo anterior ; por lo cual me veo en la necesidad de decir dos palabras sobre estos últimos para entendernos mas fácilmente cuando tratemos de los primeros. Todas las épocas tienen sus especiales creencias, teorías, aficiones y costumbres, á las que pagan necesariamente tributo los hombres especiales